

Pocas palabras para presentar a una creatura inefable llamada Felisa, o tal vez Alicia del País de las Maravillas

francisco tobar garcía



Recuerdo una tarde que embrujó mi soledad. Fernando Córdova, nieto del viejo y venerable Lluro, me llamó a su casa. Antes de la comida, me dí, después de larga pausa de ayuno, un verdadero panzazo de color. Nadie me ha de decir crítico, no lo soy. Soy bebedor de sueños, vagabundo sin tienda y, por todos los poros, poeta y por todas las venas, ebrio hasta el delirio. Esa tarde, sin embargo, el alcohol vino mucho después de la total embriaguez frente a la belleza de los cuadros de esta mujer irreal, ángel del renacimiento, figura casi tallada en el viento que, empero, sufre de manera inimaginable pues en sus telas hay dolor que anega y fecunda, dolor de batalla, de garra, de mujer, que eso ya es decir mucho, sobre todo en este país de machos folclóricos y madres sacrificadas.

Alguna señora gorda y católica me decía una tarde horrenda (por ella, lo de horrenda) que mi cinismo es espantoso, pues consiste en que siempre hablo de mí. Vamos otra vez a seguir esa huella: la obra de Felisa se hundió en mi, y nada recuerdo semejante, si hablo de pintura. Claro que venero a Kingman, profeso devoción a Dayuma, a Miguel Varea, Iza, Román, Carolina, Morejón. La pintura de todos ellos es sagrada para mí; mas Felisa es otro cuento que trato de contar y, ya lo ven, casi no puedo. Tendría que ser de madrugada y estar al fondo de una botella de vodka; entonces, manarían los versos, que es lo único que sé hacer. Eso y hablar hasta por las rodillas, y me jode estar ahora balbuceante.

Los críticos, perplejos, sabios, solemnes se acercarán a las telas para decir eso del color, la textura, los nielados, las veladuras, etc. yo digo sólo que Felisa es un ángel y que me lleva al cielo: no puedo explicar de otra guisa la emoción sentida esa tarde que se vistió de noche, mientras hervía la risa, quemaba el dolor jamás ausente, nos rodeaba la siempre viva soledad. Todo, mientras la mirada erraba de cuadro en cuadro, de vida en vida, pues cada una de las obras es evocación de una ciudad inimaginable, Nueva York, por

ejemplo, o la soñada urbe silenciosa y recóndita de la España de ella, que es también profundamente mía, los tres esa tarde la volvimos a recorrer en trenes tan veloces como varios. Al día siguiente escribí algo para un periódico que había de dejar porque ya me sabía a insipidez, a rutina y miopía. Escribí desde el fondo de la memoria y le dije a Felisa palabras bellas que ella había dejado escritas con idéntico amor en cada uno de sus lienzos, las parejas, por ejemplo, aquellas del peregrinaje —peregrino, el amor, mientras la parca silba— o esa otra en el instante de la reconciliación, pues en el arte amatorio es preciso perdonarnos todo, ¡ah trampa de la que únicamente poquísimos se salvan!

Confieso que la aproximación de lo real a lo real, en Felisa, no me atañe. Prefiero esa carísima irrealidad, ese contacto con lo ambiguo, lo misterioso y lo que encierra poesía de manera fatal: esos breves desnudos, de colores extraños, unos terrosos —sombras somos—, otros violáceos, como esa luz violenta en el culo de la mujer. ¡Ah cuerpos gloriosos cuerpos que ya no son carne lacerada, sino vida, imagen, sollozo, poesía de veras, cantos desnudos! y, de repente, esos árboles solos. Árboles y mujeres solas: ambos me inspiráis el amor más puro. Sí, esa noche, Fernando me llevó a la casa. No daban mis pies. Ebrio de vida, de Felisa, del amigo entrañable, de las telas que ahora las veía sin ver y las amaba, las retenía.

Mas como tenía que escribir estos disparates, le rogué a Fernando que me llevara a ver el resto de la obra que estaba por ser enmarcada. Ví mucho, gocé serenamente, quizás me puse en actitud objetiva, y de pronto me hallé frente a esa mujer negra que lleva un hijo, que parece esconderse de una vida estúpida, con la barriga encogida, el hambre en las tripas, el dolor en los senos, la boca, los ojos, las sienas. A veces he pensado que fui totalmente desgraciado en Haití; pero reviso mis crónicas y protesto: simplemente fue una parte de mi vida, dolorosa sí, pero asimismo época de exultación, cuando hasta la colina se llegaba el

amigo desgarrado, cuando oía el tambor poseo en la noche, cuando poesía y posesión eran un solo hecho y una muchacha negra me daba posada en su cuerpo, cual decía un poeta y decía también casi lo mismo esa hetaira negra de Petion Ville. ¡Ah ese cuadro! ¿es Haití, es mi vida, es la tuya, Felisa? tú me pedías que no te hiciese llorar esta tarde, y esa otra, recuerdas, me hiciste llorar en alaridos, mi cráneo se partía, y por eso, rehusé subir al piso para beber una taza de té. Me cisco en la crítica, solo sé que esa mujer existe, que la veré siempre, dolor de una raza estremecida, pero jamás sepultada, que no busca, para morir, lugares lóbregos, sino la misma tierra, junto a los árboles, cabe la mar encinta y deslizante, porque siento que esa mujer de raza negra va en busca precisamente de ese mar que ocela al pobre Haití.

¡Cómo no hablar de ti, Felisa, si eres luz,

si te vuelves fragancia, si hay alas en tus telas, si hay amor inmenso, si hay ambigüedad, regocijo, abandono, calma y espacio, luz y las terribles sombras de los lunes sin alma, de los domingos ajados, de esta vida que a veces es bellísima como la luz en el perfecto desnudo, y a veces una mierda, cuando es tentación romper la página en la que uno ha trabajado tantas horas, o rasgar la tela que tanto trabajo dio al artesano y tanto dolor al artista que un día amanece como ese cielo color panza de burro, al decir de los castizos!

Los dioses pulcros te protejan y que hagas volar las manos de los amantes en tus telas, mientras las tuyas sigan dolorosamente sobre el espacio, para velar los pasos de todas las creaturas que brotan en su corazón, en llamar tu pintura poesía queda ya en nosotros para siempre, siempre.

